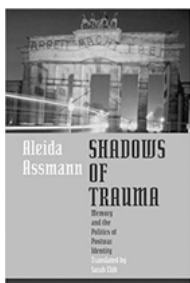


# Sobre la vinculación conceptual entre «historia» y «memoria» a la sombra de un pasado traumático

Ana Meléndez  
ana.melendez@uv.es



Aleida Assmann, *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity* (traducción de Sarah Clift), Nueva York, Fordham University Press, 2016.

## INTRODUCCIÓN

Los estudios histórico-conceptuales llevados a cabo por Reinhart Koselleck, a cuya memoria Aleida Assmann dedica este libro, mostraron en qué medida el distanciamiento progresivo entre el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa* a mediados del siglo XVIII engendró una nueva experiencia social de la temporalidad acelerada, futurocéntrica y amnésica que, para el historiador alemán, constituye la marca más característica de la modernidad (*Neuzeit*). Si bien es cierto que la empresa koselleckiana se ocupa fundamentalmente de ilustrar el modo en que este *tiempo nuevo* queda registrado en las expresiones conceptuales más significativas de la época moderna, el autor de *Futuro pasado* nunca aceptó la idea de que los marcos conceptuales simplemente reflejaran la estructura del mundo, sino que atribuyó a los conceptos la capacidad de propulsar expectativas todavía no efectuadas.

Un claro ejemplo es el concepto moderno de historia. Anteriormente concebida como un saber incompleto, múltiple y fragmentario, fundamentado en la memoria y orientado a la reconstrucción narrativa de acontecimientos ejemplares, en la modernidad la historia se establece como un metaconcepto globalizador de vocación universalista que posibilita tanto el acontecer de las antiguas historias y la multitud de experiencias humanas en ellas contenidas, como su inclusión en un colectivo singular trascendental: la Historia. A ella asociada nace una filosofía de la historia omniabarcante y utópica, susceptible de ser empleada en la transformación de las acciones histórico-políticas y sus expectativas. En contraposición a lo que ocurría en las sociedades precapitalistas, en la Europa del XVIII la centralidad de lo ejemplar se esfuma para dar lugar a lo que no se repite. La memoria, antigua aliada de la historia, es entonces considerada intrínsecamente no confiable como fuente, así como infructuosa en su faceta de guía para la vida social.

Sin embargo, diversos cambios sociales, culturales y técnicos ocurridos durante las últimas décadas del siglo XX –como la caída del muro y el consiguiente colapso de la estructura política bipolar de la Guerra Fría; el aumento de la multiculturalidad y la convivencia de distintos modelos históricos o versiones del pasado, a su vez consecuencia de los procesos de descolonización y los movimientos migratorios; o la paradójica relación, propia de la era digital, entre las posibilidades de un almacenamiento interminable de datos y el peligro de olvidar ante tal saturación informativa, etc.–, parecen estar provocando una profunda erosión en esa concepción teleológica de historia establecida en oposición binaria con la memoria. Entendida como singular colectivo, *la* historia es hoy cuestionada desde diversos frentes que han dejado al descubierto el carácter moldeable de la narrativa histórica, así como su vínculo directo con el presente.

Por un lado, las corrientes narrativistas de la nueva filosofía de la historia, que priorizan el significado del texto histórico como algo autónomo en relación con los enunciados singulares empíricos que lo componen, han llevado al cuestionamiento radical tanto de la legitimidad académica del historiador, como del estatuto epistémico-cognitivo de la propia práctica historiográfica.<sup>1</sup> Por otro, la memoria comienza a ser reivindicada como una significativa potencia intelectual en cuanto a su alcance epistémico –asistimos a su rehabilitación como fuente fiable–, político –la memoria como reivindicación identitaria de colectivos– y moral –en la medida en que la reminiscencia de las generaciones venideras se establece como un deber cívico–. De modo que, si la cultura de la modernidad tenía la perspectiva de los futuros presentes, parece que la posmodernidad se ha vertido hacia los pretéritos presentes.<sup>2</sup>

1. Verónica TOZZI: *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2009.
2. Julio ARÓSTEGUI: «Retos de la memoria y trabajos de la historia», *Pasado y memoria. Revista de la Universidad de Alicante*, 3 (2004), p. 8

Durante los últimos cuarenta años, la propagación social y expansión académica del interés por la memoria ha dado lugar a la consolidación de los *memory studies* como un potente campo de estudios interdisciplinar que atraviesa una red académica internacional bastante significativa. Aunque es cierto que los acercamientos al tema se efectúan desde diferentes áreas disciplinarias que no siempre coinciden en sus respectivas maneras de acceder al concepto fundamental de memoria –sociología, antropología social, historia, literatura–, el enfoque dominante en la investigación entiende que la memoria de una determinada sociedad se disputa en el seno de las creencias, los valores y las instituciones políticas que integran el propio cuerpo social, lo cual implica que, más que reproducir, la memoria produce o configura la realidad pasada en función de las necesidades y posibilidades del presente.

Ahora bien, esta posición no debe entenderse, necesariamente, como una manipulación voluntaria o como una recreación puramente libre del pasado. Más bien convendría enfatizar ciertos aspectos de involuntariedad e inaccesibilidad a la propia experiencia característicos de la manera en que los seres humanos producen recuerdos, en especial aquellos vinculados a experiencias traumáticas. Tal es, precisamente, la intención de Aleida Assmann en *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*. Dividido en dos partes, el libro combina el análisis teórico (Part I: Theoretical Foundations) con los estudios de casos históricos (Part II: Analyses and Case Studies) retomando los debates cruciales de los cuales ha surgido la denominada cultura de la memoria. Si bien esta última se origina, primordialmente, a partir del auge de la investigación en torno a la memoria de la Shoah en la intelectualidad europea, cabe destacar, como hace la propia Assmann,<sup>3</sup> que el tema de este libro no es ni el Holocausto ni la Segunda Guerra Mundial, sino abordar la dinámica de la memoria, tanto individual como colectiva, a la sombra de un pasado traumático.

## FUNDAMENTOS TEÓRICOS: DE LA MEMORIA COLECTIVA A LA MEMORIA CULTURAL

Para muchos autores el *memory boom* tiene su origen en el prestigioso trabajo de Maurice Halbwachs, pionero en las investigaciones sobre la memoria social. Influenciado por las aportaciones de la filosofía de Bergson, el psicoanálisis y la sociología francesa, en 1925 publicó *Los marcos sociales de la memoria*, obra en la que sostiene que, lejos de ser producto de la propia biografía, la memoria individual se apoya primordialmente en el medio social. Según el alumno de Bergson, una persona absolutamente sola no podría formar ningún recuerdo, ya que estos se desarrollan y estabilizan en interrelación con otras memorias, es decir, en el

3. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*, Nueva York, Fordham University Press, 2016, p. 5.

intercambio con personas, grupos, lugares y palabras. La memoria de un sujeto constituiría así un fenómeno social que surge dentro de un entorno delimitado por la proximidad espacial, la interacción regular con los otros y las formas de vida colectiva o experiencias compartidas. Recurrir a los marcos sociales, entre los que el lenguaje ocupa una posición destacada, es entonces un requisito ineludible para la existencia de recuerdos individuales y para su cohesión. Lo que significa que la memoria no retiene el pasado, sino que lo reconstruye desde el presente a partir de la interacción entre sus vestigios y la comunicación social.

Aunque tales aseveraciones ya contradecían los supuestos básicos de respetados estudios contemporáneos sobre la memoria, como los llevados a cabo por Bergson, lo que causó mayor polémica de la obra de Halbwachs no fue tanto la relación que podría mantener el recuerdo individual con el medio social, sino el de este último con la denominada memoria colectiva. Según Halbwachs, el individuo recuerda en tanto que forma parte de un marco de referencia grupal que participa de una memoria colectiva. En la medida en que esta tesis fue objeto de duras críticas, Halbwachs se propuso aclarar el concepto en otro libro, titulado *La memoria colectiva*.

En esta obra, publicada incompleta y de forma póstuma debido a su trágica muerte,<sup>4</sup> el sociólogo francés aclara que, en contraposición a la historia, todavía entendida por este como un saber universal y objetivo de los hechos pasados, la memoria colectiva es algo particular producido y portado por grupos sociales concretos cuya función principal es la construcción de un pasado relacionado con una identidad que oriente y satisfaga las necesidades e intereses del grupo en el momento presente. Si bien la historia es solo una y podría entenderse como la memoria universal de la especie humana, las memorias colectivas son tan numerosas como los grupos sociales que las mantienen. Por eso la memoria y la historia serían para él dos conceptos que se excluyen.<sup>5</sup>

Desde los años ochenta, el concepto de memoria colectiva ha sido revisitado y desarrollado a partir de las investigaciones sobre los condicionamientos sociales del recuerdo, sobre el papel activo de la memoria en relación con la creación de la cultura y sobre los usos del pasado en el presente, entre las que destacan las llevadas a cabo por Jan y Aleida Assmann. Partiendo de la aceptación de las tesis de que la memoria es siempre social en un alto grado, tanto como lo son el lenguaje o la conciencia, ambos sostienen que la noción de memoria colectiva es hoy demasiado vaga para hacer distinciones adecuadas entre las diferentes formas de memoria de las que participa un sujeto en función de distintas dinámicas y horizontes temporales.<sup>6</sup>

4. En 1944 su autor fue deportado a Buchenwald, donde, habiendo llegado al límite de la resistencia humana, en palabras de Jorge Semprún, murió el 16 de marzo de 1945. Jorge SEMPRÚN: *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 35

5. Maurice HALBWACHS: *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 80.

6. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*, op. cit., p. 11.

El contexto de su análisis puede situarse en la década de los ochenta cuando, en un momento histórico en el que la pervivencia del recuerdo del Holocausto pasaba por su fijación colectiva debido a la inminente desaparición de quienes fueron testigos, el significado cultural de la memoria de la Shoah se convirtió en un espacio de polémica nacional. El objeto de la *Historikerstreit* no era tanto determinar lo que ocurrió, sino establecer el modo en que debía recordarse en el presente con miras a configurar la identidad nacional, es decir, establecer ya no una memoria comunicativa, sino cultural,<sup>7</sup> «gracias a cuya conservación se estabiliza y se transmite la imagen que el grupo tiene de sí mismo».<sup>8</sup>

Jan Assmann introduce en el concepto de memoria colectiva una diferencia cualitativa entre la memoria comunicativa y la memoria cultural. La primera surge de la interacción cotidiana entre el recuerdo y el olvido. Su contenido son las experiencias históricas de los contemporáneos y se sostiene en el recuerdo vivo. Está mediada emocional o sentimentalmente, y olvidar forma parte de sus funciones tanto como recordar. La memoria cultural, por el contrario, tiene como propósito producir y salvaguardar el significado cultural por medio de recuerdos inscritos en objetivaciones fijas, donde destacan la oralidad y la escritura. Si bien esta última tiene la ventaja de transmitir más allá de lo que un individuo puede retener en su memoria, el sentido de los textos vinculantes ha de ser reinterpretado y construido en cada presente a partir del proceso cultural del comentario o la crítica.

Para hacer descriptibles los procesos de activación y de olvido de los contenidos de la memoria cultural, Aleida Assmann, a su vez, introduce en el concepto de memoria cultural la diferenciación entre memoria funcional y memoria de almacenamiento. Por memoria funcional podemos entender la memoria que está activa como resultado del proceso de selección y constitución de significados para conformar una historia y dotarla de coherencia. La memoria de almacenamiento, por el contrario, es una memoria pasiva o latente, carente de una relación vital con el presente. En el plano colectivo, contiene lo inservible, lo arcaico en cuanto a la identidad, pero también todas aquellas posibilidades u oportunidades que en su momento no se aprovecharon. Que la memoria funcional se sitúe en un primer plano y la de almacenamiento en un trasfondo clandestino no quiere decir que esta sea menos importante. De hecho, la memoria de almacenamiento funciona como depósito de memorias funcionales futuras y, por tanto, como condición de posibilidad del cambio cultural.

El concepto de memoria cultural de Aleida Assmann, a cuya aclaración, creemos, va orientada toda la primera parte del presente trabajo, integra tanto la memoria funcional como la memoria de almacenamiento, motivo por el cual no puede equipararse en ningún caso al concepto de tradición. Apunta a un campo

7. Véase Roberto NAVARRETE ALONSO: «Historia, memoria, éxodo. A propósito de Jan Assman», *Bajo Palabra. II Época*, 17 (2017), pp. 397-412.

8. Jan ASSMANN: «Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität», en Jan ASSMANN y Tonio HÖLSCHER (eds.): *Kultur und Gedächtnis*, Fráncfort, Suhrkamp, 1998, p. 15.

de estudio más amplio que el simple subconjunto de tradiciones –que quedaría equiparado con el ámbito funcional de la memoria cultural–, y revela la dinámica de las tradiciones y el cambio cultural, tanto en el sentido de la actualidad como en el de la potencialidad:

La estructura de la memoria cultural surge dentro de este campo de tensión entre la memoria funcional y la memoria de almacenamiento, entre lo que se recuerda y lo que se olvida, lo que es consciente y lo que es inconsciente, lo que se manifiesta y lo que está latente. Estas dinámicas sirven para hacer que la memoria cultural sea considerablemente más compleja y abierta al cambio, pero también más heterogénea, más precaria y más controvertida que la memoria nacional, que lucha por una unidad inequívoca. Al igual que la memoria nacional, la tarea de la memoria cultural es transmitir experiencias y conocimientos a lo largo de generaciones, desarrollando así una memoria social a largo plazo. Sin embargo, hay diferentes formaciones de memoria que se distinguen entre sí en función de cómo se reproducen. Si bien la memoria política logra su estabilidad a través de su contenido radicalmente restringido, su poderoso simbolismo, sus rituales colectivos y sus obligaciones normativas, la memoria cultural depende de la diversidad formal de textos, imágenes y artefactos tridimensionales. [...] En respuesta a posiciones críticas o escépticas que rechazan el concepto de memoria colectiva como una metáfora poco confiable, hemos argumentado que la presencia de dos criterios básicos justifica nuestro hablar de un recuerdo: el primero es una conexión con las identidades (junto con todas las emociones y afectividad asociadas), y el segundo implica una dialéctica de recordar y olvidar que, en todos los niveles, conduce a una dinámica inestable, cambiante y volátil. La crítica del concepto de memoria colectiva que yo misma he expresado no tiene nada que ver con sus premisas supuestamente místicas o metafóricas, sino únicamente con su vaguedad.<sup>9</sup>

Frente a quienes, como Reinhart Koselleck o Susan Sontag,<sup>10</sup> niegan la posibilidad ontológica de la memoria colectiva afirmando que, simplemente, se trata de una forma de aludir a la ideología, Aleida Assmann sostiene que esa conclusión es producto de ciertos malentendidos que pueden ser clarificados si, a su vez, se esclarece la distinción entre los diferentes niveles operativos de la memoria: orgánico, social y cultural.<sup>11</sup> En primer lugar, toda memoria necesita de un cerebro y un sistema nervioso central. Pero tal base neuronal de la memoria orgánica, actualmente objeto de estudio por parte de neurólogos y psicólogos cognitivos, no es un sistema autónomo, sino que está interactuando constantemente con la dimensión social o comunicativa y el campo cultural. Del mismo modo que la

9. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*, op. cit., pp. 41-42. La traducción de esta y todas las citas extraídas del libro comentado es nuestra.

10. *Ibid.*, p. 17.

11. «With the help of the different components (carriers, environments, and supports) and the different dimensions of memory (organic, social, cultural), it becomes easier to distinguish the various formations of memory in which the individual participates through his or the multiple memberships in many groups», p. 22.

memoria individual se forma en interacción con otras memorias individuales, también necesita su interacción con artefactos y actividades culturales.

Según Assmann, la memoria colectiva de Halbwachs constituiría un nivel intermedio entre la memoria comunicativa o social y la cultural. La primera es aquella que se produce en el contexto de la vida cotidiana, emotiva e interactiva, pero puede diferenciarse de la memoria colectiva en que esta última es más estable y busca perdurar en espacios temporales más prolongados convirtiendo los acontecimientos en arquetipos y las narraciones en mitos.<sup>12</sup> La memoria cultural, por su parte, posee la estabilidad y la duración propia de instituciones de pensamiento seguras, aunque se mantiene en movimiento a través de la comunicación social y se fortalece a través de las memorias individuales. En cualquier caso, los distintos niveles de la memoria social encuentran su anclaje en el presente y se sostienen en un tiempo estratificado caracterizado por ser un proceso dinámico de negociación y compromiso.

Los cambios generacionales son siempre cruciales para la renovación de la memoria de la sociedad y tienen un papel particularmente importante en el tratamiento de los recuerdos traumáticos, aquellos que por ser demasiado dolorosos o vergonzantes para alcanzar por sí mismos la conciencia,<sup>13</sup> tanto de quienes estuvieron directamente involucrados en el pasado traumático como de los que vinieron después, normalmente se mantienen custodiados por los procesos represivos o de olvido. Tales recuerdos, no obstante, insisten en emerger del cautiverio en busca de reconocimiento o elaboración, si bien para tal propósito necesitan de marcos sociales. En la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, el silencio represivo con respecto a la culpa histórica duró hasta la década de los sesenta, cuando fue roto por la generación del 68, que no solo inició el proceso de examinar críticamente la culpa nacional, sino que procedió a la construcción de monumentos, la producción de películas y la participación en otros formatos de la memoria pública sobre la gestión del pasado traumático.<sup>14</sup>

La temporalidad de las memorias, por lo tanto, no es lineal, sino que entraña grietas, fracturas, momentos de aparente olvido que, a menudo, como ya había indicado Sigmund Freud, suponen una forma clandestina de recuerdo. Sobre todo cuando hablamos de procesos históricos ligados a memorias de pasados traumáticos o conflictivos, puede suceder que con la emergencia de nuevos actores y nuevas circunstancias en el ámbito social un fragmento del pasado que hasta entonces subsistía privado de visibilidad en la memoria de almacenamiento sea resignificado y cobre entonces una importancia inesperada llegando incluso a provocar una mudanza en el sentido colectivo del pasado.

La memoria, y las dinámicas de construcción de lo acontecido a ella asociada en las que la distinción entre el pasado y el presente es obliterada, se convierte

12. *Ibid.*, pp. 22-23.

13. *Ibid.*, p. 12.

14. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*, op. cit., pp. 240.

entonces en objeto de preocupación de la propia historia,<sup>15</sup> alterando así la relación que ambas mantienen desde hace siglos. En la medida en que aquello que obliga a reformular las relaciones entre historia y memoria en la segunda mitad del siglo XX son, principalmente, las experiencias traumáticas asociadas a los genocidios y los totalitarismos de la pasada centuria, cuyos efectos retardados en los contextos de recepción y representación colectiva alteran las premisas metodológicas y epistemológicas de la investigación sobre el pasado, se entenderá que toda investigación actual en torno a las relaciones entre memoria e historia debe tomar como modelo conceptual la experiencia histórica del trauma.

Aunque ya estaba en circulación en los círculos psiquiátricos a finales del XIX, el trauma no fue reconocido como un diagnóstico oficial hasta 1980, a propósito de las consecuencias políticas y sociales de la guerra de Vietnam y de los análisis sobre el síndrome del superviviente.<sup>16</sup> A partir de entonces, la noción de trauma se ha integrado en los estudios sobre memoria social e historia del pasado reciente, para referirse a los efectos colectivos de algunas experiencias históricas donde la presencia de un pasado amenazante continúa teniendo efectos en el presente social y político. Una gran parte de los estudios sobre el trauma ha versado precisamente sobre el tipo de memorias que produce, la intensidad emocional que las caracteriza, el mecanismo del *nachtraglichkeit*, las pesadillas y demás manifestaciones sintomáticas. Pero no es únicamente en los avances en psiquiatría y psicología donde debemos buscar la razón de esta transformación respecto del tratamiento del trauma, sino también en los cambios en el orden social y los valores morales que hicieron posibles las innovaciones clínicas.<sup>17</sup>

La importancia creciente de la noción de trauma en nuestros días privilegia por primera vez a la memoria de la víctima indefensa, cuyas experiencias, en casos en los que ni siquiera se libran batallas sino que se llevan a cabo actos de persecución y exterminio, no pueden ser comprendidas utilizando representaciones heroicas. A partir de este giro en la memoria de la víctima concretado en torno al concepto de trauma, cuyo uso debe quedar restringido al contexto de las experiencias de las víctimas,<sup>18</sup> el recuerdo de estas está destinado a entrar en la memoria de la humanidad,<sup>19</sup> de ahí que la memoria cultural desborde

15. Elisabeth JELIN: *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, pp. 69-75.

16. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma. Memory and the Politics of Postwar Identity*, Fordham, op. cit., pp. 74-75.

17. Didier FASSIN y Richard RECHTMAN: *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*, Princeton University Press, 2009, p. 29.

18. «A diferencia de las víctimas, los perpetradores no están traumatizados porque el evento del que están llamados a asumir la responsabilidad es uno que ellos quisieron, planearon, llevaron a cabo conscientemente y, además, en el caso de los crímenes del nacionalsocialismo, quedaba justificado ideológicamente. Como perpetradores de violencia criminal extrema, no fueron confrontados repentinamente o involuntariamente por un hecho abrumador e incomprensible que amenazaba su integridad física y su identidad personal: no fueron entregados sin defensa a los eventos. Estas son todas las condiciones de trauma que se encuentran solo del lado de la víctima», Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma*, op. cit., p. 76.

19. Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma*, op. cit., p. 60.



progresivamente los contornos locales y del Estado nación para convertirse en un fenómeno global.

Este tipo de crímenes traumáticos no se eliminan mediante el olvido, sino que se conservan en un recuerdo compartido. Si bien hay un consenso respecto de la importancia del olvido colectivo cuando se trata de relaciones simétricas, en los actos de guerra que no se basan en una reciprocidad, sino que tienen un carácter puramente asimétrico, el olvido no tiene ningún poder curativo.<sup>20</sup> En tales condiciones, en lugar de olvidar como una forma de hacer frente al pasado, la memoria colectiva y la preservación del pasado por parte de la siguiente generación son las únicas formas de restablecer la simetría.<sup>21</sup> Por tanto, como también sostienen Didier Fassin y Richard Rechtman, la reconfiguración de la relación entre trauma y víctima, donde esta última adquiere legitimidad histórica, tiene una genealogía dual. Por un lado, hay una genealogía científica orientada a la definición y epistemología del trauma (Charcot, Janet, Freud); por otro, hay una genealogía moral, centrada en el reconocimiento de la víctima y que deriva de un proceso de reestructuración colectiva plasmada en una resemantización conceptual.<sup>22</sup>

El estudio de acontecimientos traumáticos y sus memorias presenta hoy serias dificultades a los presupuestos epistemológicos de la historiografía académica. No solo por los peligros que esta categoría entraña en tanto que facultad falible o en algunos casos ficcionable, sino porque la irrupción de estas memorias y el imperativo de su recuerdo hace que la historia no pueda representarse como una reconstrucción objetiva universal, sino como una pluralidad de historias diversas sin llegar a alcanzar un ensamblaje total. El concepto de la historia concebido en la Europa del siglo XVIII está siendo desafiado por una profusión de historias particulares que, además, con el auge del multiculturalismo, la pluralidad de grupos diferenciados y la reivindicación de sus respectivas historias –estudios de género, poscoloniales, etc.–, podrían llegar a propiciar la fragmentación definitiva del concepto englobante de historia.

El creciente interés por estas memorias ha contribuido a revitalizar el compromiso con una historia acompañada de sentimientos que tiene mucho más que ver con el dolor de las víctimas que con el regocijo de los vencidos o la autoglorificación.<sup>23</sup> Traducida al inglés por Sarah Clift, esta obra ofrece no solo una clarificadora exposición teórica de la problemática que ocupa en la actualidad al campo de los *memory studies*, sobre todo en lo relativo al modo en que los individuos y

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*, p. 86.

22. Didier FASSIN y Richard RECHTMAN: *The Empire of Trauma. An Inquiry into the Condition of Victimhood*, op. cit, pp. 29-30.

23. «trauma is the very opposite of a heroic narrative; it does not signify the mobilization and strengthening of identity but rather points to a disturbance of identity or, indeed, to its destruction», Aleida ASSMANN: *Shadows of Trauma*, op. cit, p. 50.

las sociedades recuerdan pasados traumáticos, sino que también constituye una interesante y sugestiva exploración de la memoria del Holocausto y la Segunda Guerra Mundial en el contexto alemán, a la que cabe atribuir la introducción de esta nueva fase en la elevación de la víctima que ha permitido desarrollar nuevos modos de abordar la cuestión de la violencia en una nueva historia postheroica aliada de la memoria.

.....  
**ANA MELÉNDEZ** es licenciada en Filosofía por la Universitat de València, donde cursó también los estudios de Máster en Pensamiento Filosófico Contemporáneo. De 2015 a 2019 ha sido personal investigador en formación (FPU) en el grupo de investigación «Historia Conceptual y Crítica de la Modernidad» del Departamento de Filosofía de la UV.